

la autoridad de un testigo, expuso desde la tribuna el criterio de sus amigos: no dijo una palabra del ministerio, sino que, remontándose á la causa de nuestras derrotas, condensó su pensamiento en esta sencilla frase: *Prusia estaba preparada y nosotros no*. Esta sentencia era más abrumadora que todas las invectivas para aquellos á quienes ni siquiera se quería nombrar. Jerónimo David había preparado el camino; Clemente Duvernois se encargó de la ejecución del proyecto de los suyos. La ambición y el rencor le prestaron ingenio, y su habilidad le inspiró una fórmula traidora que, sin designar á los ministros, había de descartarlos mediante una despreciativa preterición; en efecto, propuso una resolución concebida en estos términos: «La Cámara, decidida á apoyar á un gabinete capaz de atender á la defensa del país, pasa á la orden del día.» Con frases lacónicas rechazó Ollivier esta redacción equívoca. La proposición Favre fué rechazada, como también la del Sr. Latour du Moulín; en cambio una inmensa mayoría aprobó la de Clemente Duvernois.

El hecho estaba previsto, tanto que el sucesor se hallaba ya preparado. A las diez de la mañana había llegado á París el general Palikao, á quien se había llamado la noche antes, y se había presentado en las Tullerías á eso del mediodía, es decir, en el momento en que acababan de deliberar los ministros, con quienes había conversado un instante. Su misión tenía dos fines, robustecer el gabinete existente ó prestar su nombre para uno nuevo, según lo exigieran las circunstancias. Cuando el voto de la Cámara hubo desvanecido todas las dudas, Emilio Ollivier pidió que se suspendiera la sesión á fin de ir á recibir órdenes de la regente. Media hora después reapareció, pidió la palabra, anunció que «Su Majestad había confiado al conde de Palikao el encargo de formar una nueva administración,» y bajó de la tribuna, á la que no debía volver á subir nunca más.

La noche se pasó en la formación del ministerio. El general Palikao recibió, además de la cartera de Guerra, la presidencia del Consejo. Como en tan graves circunstancias importaba salvar lo que quedaba del crédito nacional, el ministerio de Hacienda fué confiado al Sr. Magne, y en verdad que no podía darse elección más acertada. La dirección de los Negocios extranjeros se confió al príncipe de La Tour d'Auvergne, diplomático que gozaba de muy justa reputación, pero que había de desempeñar, al parecer, un papel estéril, puesto que las amistades tímidas se apartaban ya de nosotros. Después de haber asegurado de este modo la defensa del territorio, la gestión del erario público y las relaciones exteriores, la emperatriz juzgó que la abnegación no debía llegar hasta el sacrificio de sus preferencias. Jamás había sentido simpatías por los ministros del 2 de enero, y aunque les dispensaba las más corteses atenciones, siempre los había considerado como consejeros del emperador, no suyos; así es que, viéndose investida de los poderes de regente, impulsada por su instinto y por su imaginación y su corazón de mujer, se inclinó hacia donde la llevaban sus pasiones. Para la cartera del Interior pensóse primeramente en el barón Jerónimo David; pero ante las observaciones del señor Magne, que encontraba aquel nombre demasiado provocador, se designó para aquel puesto al prefecto del

Sena, Enrique Chevreau, personaje de clara inteligencia, pero acostumbrado de antiguo á las prácticas autoritarias. La cartera de Gracia y Justicia se confió al procurador general Grandperret, magistrado de carrera, poseído de aquel celo represivo que animaba entonces á casi todo el cuerpo judicial. Jerónimo David, descartado del Interior, fué puesto al frente del departamento de Obras públicas; Clemente Duvernois se encargó del ministerio de Comercio. Del gabinete del 2 de enero sólo quedó un ministro, el almirante Rigault de Genouilly, que conservó la cartera de Marina. En la nueva combinación, el grupo liberal no tenía más que un representante, el Sr. Brame, ministro de Instrucción pública, hombre animoso, de espíritu suelto, de palabra fácil, pero sin las aptitudes y sin las pretensiones de los grandes papeles; la importancia que había de tener en el ministerio había de indicar hasta qué punto cabría en éste la idea liberal.

El día 11 de agosto, el *Journal officiel* publicó la lista del nuevo gabinete. El Imperio, en el momento en que la derrota le despojaba de sus fuerzas, se remontaba, por virtud de una reacción brusca y caprichosa, á sus orígenes, y con mano febril é imperiosa recobraba todo lo que durante los años anteriores había abandonado, todo lo que los recientes acontecimientos parecían arrebatarle para siempre. Cuando la Cámara, bajo la impresión de los reveses, mostraba ciertas veleidades de usurpación de atribuciones, constituíase, á modo de pronta y perentoria respuesta á tales propósitos, un ministerio en el que los parlamentarios no conservaban sino una cartera. En otro tiempo, los diputados, por uno de sus primeros actos de independencia, habían negado su dotación al general Palikao, regresado de China; y ahora les imponían á ese mismo personaje como jefe de gobierno. De todos los partidos, la extrema derecha era la que más había contribuido á la declaración de guerra; y resultaba que la derrota, que hubiera debido ser su descrédito, convertíase para ellos en fuente de favor. En una palabra, la evolución tomaba un aspecto caballeresco: una mujer hermosa y desgraciada invocaba la lealtad de sus amigos personales, y éstos acudían á su lado en los momentos de infortunio. Tal era el acto del 9 de agosto, un desquite *in extremis* del Imperio autoritario contra el Imperio liberal. Pero el país, atento únicamente á la lucha, no se cuidaba de estas cosas y dentro del ministerio sólo se fijaba en Palikao, hombre de inteligencia y de recursos, de quien se esperaba que sabría conjurar la mala fortuna. Imperio autoritario, Imperio liberal, ¿qué le importaba esto en aquellos instantes supremos? Para el Imperio, como para Francia, la cuestión única era la salvación.

## IV

En el gran cuartel general de Maguncia (ya que ahora hemos de ocuparnos nuevamente de nuestros enemigos) esperábase una batalla para el 6 de agosto; por la tarde supose allí la gran acción de Fraeschwiller, aunque sin ningún detalle, y poco después un despacho del general de Gœben comunicó el éxito de Forbach; de modo que en vez de una victoria que esperaban, el telégrafo les anunció dos.

En medio de nuestras derrotas tuvimos una suerte y

fué que la actividad de nuestros adversarios en la persecución no fué proporcionada á su ardor en el combate. Después de Fraeschwiller, creyeron primeramente que los vencidos se habían retirado sobre Bitche, y luego les retrasó la región montañosa de los Vosgos, con lo que Mac-Mahón pudo disponer de un tiempo para adelantarseles, debiendo á ello su salvación. Igual fortuna tuvimos después de Forbach: la batalla terminó por la noche y á la mañana siguiente una espesa niebla cubría la comarca; los alemanes no sentían aún la audacia que más adelante había de infundirles la conti-

un destacamento de dragones llegó á Faulquemont, en donde unas horas antes el emperador había conferenciado con Bazaine. El mismo día, el rey, que la víspera se había trasladado de Maguncia á Homburg, transportó su cuartel general á Sarrebruck. Fuese cual fuere la resolución de no dejar nada confiado al azar, consideróse llegado el momento de proseguir el movimiento ofensivo hacia el Mosela; entonces se vió apuntar el vasto plan cuya ejecución constituiría una de las principales combinaciones estratégicas de la campaña y que consistía en retener algo atrás al I.º ejército, que contendría



Jerónimo David

nidad del triunfo, y este concurso de circunstancias propicias aseguró la retirada de Frossard.

Cuando el III.º ejército, es decir, el ejército del príncipe real, hubo encontrado la pista del ejército de Alsacia, dirigióse como éste hacia el Oeste; poco á poco había de alejarse del ejército de Steinmetz y del príncipe Federico Carlos, y empeñado en la persecución de Mac-Mahón había de atravesar toda la Lorena, penetrar en Champaña y asestar, tres semanas después, el golpe supremo que debía acabar con el Imperio. Pero en los momentos en que nos encontramos, el papel principal correspondería á los ejércitos I.º y II.º, y de ellos, por consiguiente, debemos ocuparnos.

El día 8 de agosto, estos dos ejércitos habían comenzado á extenderse por la orilla izquierda del Sarre y se iban envalentonando, aunque gradualmente como si sólo poco á poco se hubiesen penetrado del sentimiento de su victoria. Los informes recogidos por la caballería, bien que incompletos, no dejaban ninguna duda acerca de la retirada de los franceses: supose que Boulay y Bouzonville habían sido evacuadas; el 9, las vanguardias prusianas ocuparon Saint-Avold, y poco después

las fuerzas enemigas, en tanto que el II.º, el más fuerte de todos, después de haber estrechado sus columnas y concentrado sus efectivos, se encaminaría oblicuamente hacia el Sudoeste, llegaría al Mosela, ocuparía los puntos de paso aguas arriba de Metz, pasaría á la orilla izquierda, remontaría el río y envolvería al ejército francés.

El día 10 comenzó la marcha. La principal preocupación era penetrar los verdaderos proyectos del adversario; y cuando se tenía el convencimiento de que éste se replegaba hasta Metz, un oficial de Estado mayor, que se alejó mucho en sus exploraciones, vió considerables masas de infantería al Oeste del Nied francés y extensos campamentos en Pange, en Mont y en Puche. Varias patrullas de hulanos trajeron datos casi análogos, y en vista de esta doble información se dedujo, con razón, que el ejército imperial había interrumpido su retirada y sin retroceder hasta la plaza se disponía á defender las orillas del pequeño río ó quizás á tomar la ofensiva. Los prusianos se concentraron y se apercibieron á la lucha; pero en la mañana del 11 sus jinetes enviados como exploradores volvieron diciendo que un numeroso cuerpo acampado en los Etangs acababa de

desmontar sus tiendas, y que en los caminos de Saint-Avold y de Boulay se escalonaban largas columnas que se dirigían á Metz; y poco después distinguiéronse en lontananza varios cuerpos franceses que hacían alto en Bellecroix, es decir, muy cerca de aquella plaza (1). En la noche del 11 y en la mañana del 12, las palabras de los rezagados y los reconocimientos llevados á larga distancia confirmaron estos informes.

## V

Los exploradores enemigos no se engañaban cuando anunciaban el regreso á Metz. En el cuartel general imperial los planes se sucedían, siendo aceptados, abandonados y vueltos á aceptar. El 9 de agosto y el 10 por la mañana, todo el mundo opinaba por la concentración en el Nied, en donde se esperaba la batalla; contábanse las fuerzas, que aumentaban de día en día con la llegada de los reservistas y que se aumentarían aún más con la unión del 6.º cuerpo, y el mariscal Leboeuf, en un despacho dirigido al ministro de la Guerra, hablaba hasta de tomar la ofensiva (2). Pero en la tarde del 10, en una conferencia celebrada en el castillo de Pange, formularonse algunas objeciones; el mariscal Bazaine, según hemos dicho, era contrario al plan adoptado, y el emperador, que se había vuelto muy circunspecto, temía que, permaneciendo en el Nied, lo envolvieran los ejércitos alemanes, y temía también que la proximidad de los grandes bosques facilitara las sorpresas traicioneras (3). En resumidas cuentas, y después de meditado todo, se estimó que el partido más prudente era retroceder hasta Metz, siendo aquella, en cuanto es posible contarlas, la sexta variación adoptada desde el 6 de agosto; y como nada hay tan impaciente como la indecisión, en cuanto se hubo resuelto aquel cambio, ni el cansancio de las tropas, ni lo avanzado de la hora, ni la inclemencia del tiempo fueron consideraciones bastantes para suspender la ejecución del nuevo plan, y en medio de la noche y con una lluvia torrencial se levantaron los campamentos. Al amanecer del 11 los carros estaban cargados y enganchados, los hombres con los fusiles en pabellones y los jinetes al lado de sus caballos; y poco después el ejército dirigióse hacia Metz por las carreteras que vienen de Saint-Avold y de Boulay. Aquel era el movimiento que había observado la caballería prusiana y que acababa de poner en conocimiento de su cuartel general.

¿Tenía aquella retirada por único objeto buscar una segunda línea de defensa bajo el abrigo inmediato de la plaza y de sus fuertes? ¿Ocultaba ya el propósito de un regreso al otro lado del Mosela? En aquellas jornadas del 10 y del 11 no parece que se reprodujera y se adoptara todavía la idea del paso del río y del retroceso hasta Verdún y hasta Chalons que había surgido en los primeros momentos de confusión que siguieron á la derrota. Mientras se retrocedía, se vacilaba, y entre los que rodeaban al emperador reinaban dos corrientes: algunos se resignaban á sacrificios que juzgaban necesarios,

(1) *La guerre de 1870*, redactada por la sección histórica del gran Estado mayor prusiano, tomo I, pág. 424.

(2) *Revue d'histoire*, diciembre de 1902, anexos, pág. 1377.

(3) *Ecrits de Napoleon III*, recogidos y coordinados por el conde de La Chapelle, pág. 217.

pero la mayoría, como los generales Lebœuf y Lebrun, se asombraban y hasta se irritaban de que se pensara en ceder el terreno sin combatir. Lo que parece demostrar que no estaba resuelta aún la gran retirada, es que no se revocó ninguna de las órdenes por virtud de las cuales debían acudir á Metz las divisiones de Faily y las tropas de Canrobert.

La crisis del mando en jefe llenó aquellas angustiosas jornadas. El día 9, Bazaine había sido nombrado comandante en jefe, pero bajo la doble fiscalización del emperador y del jefe del Estado mayor general. ¿Convenía hacer desaparecer estos últimos restos de primacía? Napoleón permanecía perplejo, en parte por la poca simpatía que el nuevo general en jefe le inspiraba y en parte por el convencimiento de que la desgracia de Lebœuf consagrara su propia decadencia; y en el entretanto, en París, la opinión pública, por uno de esos entusiasmos de que tan numerosos ejemplos ofrecen las épocas de perturbación, atribuía á Bazaine un genio salvador. La oposición democrática, echándose las de muy lista, lo había hecho su candidato, y los diputados de la izquierda, Julio Favre, Picard y Keratry, insistían cerca del ministro de la Guerra para que el mariscal asumiese todo el poder y el soberano acabara de despojarse de toda su autoridad (4). Este favor aumentaba por la impopularidad del jefe del Estado mayor general, ocupándose del cual el Sr. de Keratry atrevióse á proponer, en la sesión de 11 de agosto, á la asamblea del Palacio Borbón, que lo hiciese comparecer á la barra para que justificase sus actos. Esta proposición, aunque fué desechada, revelaba perfectamente el estado de los ánimos. La impresión había acabado por enseñorearse de las Tullerías, en donde los belicosos de la víspera creían redimirse acusando á Lebœuf; y en la madrugada del 12, la emperatriz, en un despacho muy apremiante dirigido á Metz, hacía suyas las aspiraciones de la oposición. El telegrama llegó á la prefectura en donde en aquel momento estaban reunidos el emperador, Lebœuf, Changarnier y Jarrás. «La escena fué lamentable,» ha escrito uno de los testigos presenciales (5): el emperador, hasta entonces vacilante, pero visiblemente impresionado por el mensaje, esperaba en un silencio impasible que el jefe del Estado mayor general le evitara el disgusto de destituirle; Changarnier deploraba los cambios efectuados al frente del enemigo; y Lebœuf, que preveía su desgracia y que más de una vez había pedido su reemplazo, sintióse, no obstante, aterrado por aquel golpe que recibía, no de sus adversarios, sino de su soberana, y en términos muy dignos (pues su corazón era mejor que su suerte) resignó el cargo. Entonces fué llamado el general Bazaine, quien, sea por falsa modestia, sea por temor á la grave responsabilidad que iba á contraer, al principio se excusó. Canrobert, que el día antes había llegado de Chalons y se hallaba presente, aconsejó con gran patriotismo á su colega que aceptara y le ofreció toda su lealtad y su absoluta obediencia (6); lo que no impidió al viejo sol-

(4) *Procès Bazaine*, declaración de Julio Favre (audiencia de 20 de octubre de 1873).

(5) Jarrás, *Souvenirs*, pág. 75.

(6) *Procès Bazaine*, interrogatorio del general Bazaine (audiencia del 13 de octubre de 1873). Declaración del mariscal Lebœuf (audiencia del 20 de octubre de 1873).

dado de Zaatcha y de Inkermann, que llevaba quince años de mariscalato, opinar que el recién llegado «era muy mozo comparado con él» para darle órdenes (1). Bazaine salió de la cámara imperial investido del mando supremo y emancipado de toda subordinación, incluso la del mismo emperador. A eso de las cinco ó las seis de la tarde recibió su nombramiento; á esa hora, el general Palikao había comunicado la noticia á los diputados, que la acogieron con aplausos.

Al mismo tiempo que el ejército recibía un jefe, el plan de las operaciones futuras tendía, al fin, á fijarse. En medio de todas las vacilaciones, los ánimos se habían familiarizado poco á poco con la idea, rechazada en un principio, de una retirada. Al emperador un temor le obsesionaba, el de verse envuelto, y en las notas diarias escritas por los generales encontramos las señales claras de esta aprensión. En aquella jornada del 12 sípuse que algunos exploradores enemigos habían aparecido por la parte de Frouard; otros informes denunciaban la presencia de jinetes prusianos hacia el Mosela, aguas abajo de Metz, lo que hizo suponer, aunque inexactamente, un movimiento envolvente hacia el Norte. En el entretanto, uno de los edecanos del emperador, el general Waubert de Genlis, recibió una carta muy grave del general Trochu, el cual, poniendo las cosas en el peor caso, consideraba que el enemigo podría llegar hasta París; si esto sucedía, no sería posible la defensa de la capital sin un ejército de socorro, que no podría ser otro que el ejército de Metz, y por consiguiente era de suma urgencia una retirada que debería emprenderse á toda prisa, mientras estaban libres las carreteras. Trochu, aunque no gozaba de gran favor, era tenido por muy sabio militar, y su carta, leída ante los familiares del emperador, fué por éstos aprobada con gran tristeza (2). Changarnier, á quien se consultaba á menudo, no ocultaba que si se resignaban á emprender la marcha sobre Verdún, era preciso apresurarse (3). Decidióse, pues, la retirada, no sin cierto pesar que al día siguiente había de originar nuevas fluctuaciones, y el día 12, por la tarde, indicóse á Faily que tomara por objetivo, no ya Metz, sino la carretera de París (4). «Al aceptar el mando del ejército del Rhin, escribié más adelante Bazaine, recibí la orden imperativa de pasar sin tardanza el Mosela para replegarme en las llanuras de la Champaña (5).»

## VI

La jornada del 12 de agosto, que inaugura el mando de Bazaine, señala también una nueva fase de la guerra. Mac-Mahón, definitivamente obligado á retirarse, retrocede hacia el interior, seguido á distancia por el tercer ejército prusiano; y en los alrededores de Metz, en donde por ahora debemos fijar exclusivamente nuestra atención, se prepara un gran duelo. Lo que hasta el presente se nos ha aparecido sólo por fragmentos y como frac-

(1) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración de Canrobert, pág. 273.

(2) Trochu, *Œuvres posthumes*, tomo I, pág. 103.

(3) Bazaine, *Episodes de l'armée du Rhin*, pág. 49.

(4) General de Faily, *Opérations du 5.º corps*, pág. 25. - *Revue d'histoire*, febrero de 1903, pág. 448.

(5) Bazaine, *L'armée du Rhin*, pág. 47.

cionado, destácase con singular relieve, y todo el interés se concentra en un doble esfuerzo: esfuerzo de los prusianos para llegar hasta el Mosela, pasarlo y marchar sobre la retaguardia del ejército francés; y esfuerzo de los franceses para substraerse á la opresión y organizar, aunque fuese muy lejos en el interior del país, la defensa del suelo natal. Los alemanes, con prudente audacia, comienzan á evolucionar en torno de sus adversarios; ejecutan á larga distancia su peligroso movimiento y lo realizan en grandes escalones, bastamente espaciados para no embarazarse y para poder vivir, pero bastante aproximados para apoyarse mutuamente. En esta gran conversión, el I.º ejército, que permanece al Oeste de Metz, forma el eje fijo; el ala derecha del II.º ejército (III.º, IX.º y XII.º cuerpos) se queda un poco atrás para apoyar al I.º en caso de alarma, y el ala izquierda (Guardia y X.º cuerpo) recorre un arco muy extenso que la llevará al Sur de Metz y muy pronto al Oeste de la plaza. Desde el campanario de la catedral se pueden distinguir, en los intersticios de los bosques y de las colinas, las tropas de infantería y los trenes de artillería que, describiendo una larga curva hacia el Sur y descendiendo hacia el valle, estiran sus columnas como estira sus anillos una serpiente. Las referencias de los aldeanos, los mensajes de los alcaldes, los despachos de los jefes de estación que utilizan por última vez el telégrafo antes de que sean rotos los hilos y cortada la vía férrea, todo completa las informaciones. Los jinetes enemigos se presentan en Pont-à-Mousson, donde los cazadores del general Marguerite les matan algunos hombres y les hacen unos cuantos prisioneros; un día más, dos á lo sumo, y el X.º cuerpo y la Guardia llegarán al Mosela. Los franceses están todavía al Este del río, delante de los fuertes de Queuleu y de Saint-Julien; pero se disponen también á repasar el río; y en este doble movimiento de los prusianos, ansiosos de rebasar á sus adversarios, y de los franceses, atentos á replegarse para mejor combatir, ¿quién llegará primero á las mesetas que se alzan entre el Mosela y el Mosa? ¿Serán los franceses, que se acercarán á sus reservas? ¿Serán los prusianos, que arrojarán á sus adversarios hacia Metz aislandolos de la patria? Tal parece ser en aquellos días trágicos el duelo de los dos ejércitos, duelo hoy de velocidad, pero que mañana será duelo encarnizado á muerte.

Las anteriores derrotas habían hecho ya desiguales las condiciones de este duelo; y nuestros errores generales, nuestras negligencias de detalle habían de acabar de destruir el equilibrio entre nuestros adversarios y nosotros.

El campeón de la Francia sería Bazaine, y en esto estribaría la mayor desgracia. Y no quiere esto decir que á él hayan de imputarse todos los errores, porque aunque después todas las responsabilidades parciales se esculpieron detrás de la suya, la verdadera equidad rechaza esos juicios de conjunto. Dejando á un lado toda pasión, puede afirmarse que nunca tarea más pesada correspondió á genio más mediocre. La magnitud de los intereses que había que dirigir exigía un talento generalizador, apto para ver las cosas por masas; y Bazaine, falto de esas adivinaciones superiores, había de llevar un poco al azar ó había de disipar en detalles un pensamiento impotente para elevarse, y obedeciendo á su